

aparecen junto a los tradicionalmente considerados en la ascética otros que directamente apuntan a la amistad. “No resulta compatible amar a Dios con perfección, y dejarse dominar por el egoísmo –o por la apatía– en el trato con el prójimo” (S, 745). La amistad verdadera supone también un esfuerzo cordial por comprender, por ayudar y servir al amigo (cfr. S, 730, 731, 740, 746). Siguiendo el modelo del Amigo, como Él, recuerda que ser amigo implica “dar gustosamente su vida los unos por los otros, en la hora heroica y en la convivencia corriente” (S, 750).

Cuando enumera las virtudes sobre las que se apoya la vida espiritual, entre la pobreza, la alegría y la castidad, sitúa también la amistad (cfr. CONV, 62). Los verbos con los que se refiere a esa promoción continua de la amistad denotan el particular peso que le otorga en la existencia plena del cristiano: cultivar, cuidar, sembrar (cfr. ECP, 36). La amistad debe ser leal, sincera (cfr. F, 454; S, 747; ECP, 149). Como conducta libre del hombre la amistad está abierta a su crecimiento, pero también a su pervisión por la deslealtad, la falta de fortaleza, etc. (cfr. C, 160). Tanto la amistad con Dios como con los hombres puede perderse y malograrse (cfr. F, 1043). San Josemaría menciona virtudes que son también dimensiones de la amistad. Por lo que se manifiesta esa acción unitiva del entero ser humano que el amor, la amistad, realiza. Esto se da de modo pleno en la amistad con Dios, que configura la existencia del cristiano con unidad de vida.

Voces relacionadas: Apostolado; Ejemplo, Apostolado del; Fraternidad.

Bibliografía: C, 960-982; S, 727-768; ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1970; S.Th., II, q. 23.

Lourdes FLAMARIQUE

AMOR A DIOS

1. Carácter teológico del amor a Dios. 2. Concreciones vitales del amor a Dios. 3. Amor a Dios y amor al prójimo. 4. María: modelo de amor a Dios.

Afrontar el tema del amor a Dios en la vida y en las enseñanzas de un santo implica adentrarse en el núcleo de su existencia y de su pensamiento. Todo en su vida mana del amor a Dios que llena su corazón, todo es expresión del mismo, todo se dirige hacia la caridad y confluye en ella. De ahí que la consideración de esta temática en san Josemaría abarque implícitamente el conjunto del presente *Diccionario* y remita tácitamente a muchas de las voces que lo componen. Sin la visión de conjunto se pierden la fisonomía y su alcance.

1. Carácter teológico del amor a Dios

Un análisis, incluso somero, del amor a Dios en el fundador del Opus Dei, pone de manifiesto, ante todo, su carácter teológico. El amor a Dios en la vida y doctrina de san Josemaría se enraíza en la conciencia –propia de la persona de fe– de saberse amado por Dios, con un amor sin medida que se manifiesta en la creación y en la acción redentora y santificadora de Dios. La historia de la salvación no es vista por el creyente de un modo impersonal, como si consistiese en un conjunto de acontecimientos que se sitúan frente al propio yo, sin involucrarlo ontológica y existencialmente, sino como lo que es: el actuar de un Dios que crea, redime y santifica, implicándose con la Encarnación y el envío del Espíritu Santo. El *amor a Dios* consiste en la respuesta humana al *amor de Dios*, hecha posible por la acción del mismo Dios.

San Josemaría dirige la mirada hacia el núcleo del misterio del amor de Dios, subrayando tanto su entraña trinitaria como su cercanía a cada uno de nosotros. Lo hace significativamente remitiendo a la Escritura y específicamente a Cristo. “Dios Padre se ha dignado concedernos, en el

Corazón de su Hijo, *infinitos dilectionis thesauros*, tesoros inagotables de amor, de misericordia, de cariño. Si queremos descubrir la evidencia de que Dios nos ama –de que no sólo escucha nuestras oraciones, sino que se nos adelanta–, nos basta seguir el mismo razonamiento de San Pablo: *El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas? (Rm 8, 32)* (ECP, 162).

La conciencia de la hondura del amor de Dios hacia el hombre, que marcó la biografía y el pensamiento de san Josemaría, deriva de la asunción profunda de la fe, es decir, de la penetración en el significado de lo que nos transmiten la Escritura y la Tradición de la Iglesia (con su Magisterio, su liturgia, etc.). La experiencia personal de ese amor (espiritual, mística) no es otra cosa que el eco en la propia existencia de lo que Dios revela y actúa. Por eso, san Josemaría exhorta a una lectura del Evangelio en la que lo narrado nos interpela. “Jesús es tu amigo. –El Amigo. –Con corazón de carne, como el tuyo. –Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro... Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti” (C, 422). Lo objetivo de la fe cristiana verdaderamente asimilada y lo subjetivo de la propia vida interior poseen entonces una autenticidad que no deja lugar ni para un “objetivismo” frío y existencialmente indiferente, ni para un “subjetivismo” que antepone la interpretación individualista de las propias vivencias a la luz de la revelación divina.

La meditación del amor de Dios, asentada en una fe vivida, abre la interioridad del ser humano a un convencimiento que, en san Josemaría, se expresa con términos muy humanos –como la locución *Dios se ha enamorado del hombre*– y se configura como el eje de toda la existencia. “El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres: sus afanes, sus luchas, sus angustias. Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extre-

mo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones. (...) La Trinidad se ha enamorado del hombre” (ECP, 84). El amor de Dios se percibe como algo muy personal porque “nuestro Padre Dios nos ama a cada uno tal como somos; ¡tal como somos!” (AD, 148).

El amor a Dios surge en el hombre como respuesta a un amor antecedente de Dios hacia nosotros. El carácter infinito del amor de Dios impele a edificar toda la vida sobre su fundamento, con una esperanza llena de alegría que conduce a querer corresponder a dicho amor. “La única norma o medida que nos permite comprender de algún modo esa manera de obrar de Dios es darnos cuenta de que carece de medida: ver que nace de una locura de amor, que le lleva a tomar nuestra carne y a cargar con el peso de nuestros pecados. ¿Cómo es posible darnos cuenta de eso, advertir que Dios nos ama, y no volvernos también nosotros locos de amor? Es necesario dejar que esas verdades de nuestra fe vayan calando en el alma, hasta cambiar toda nuestra vida. ¡Dios nos ama!: el Omnipotente, el Todopoderoso, el que ha hecho cielos y tierra. Dios se interesa hasta de las pequeñas cosas de sus criaturas: de las vuestras y de las mías, y nos llama uno a uno por nuestro propio nombre. Esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, permaneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios” (ECP, 144).

La índole teologal del amor a Dios se manifiesta asimismo en nuestra respuesta, ya que su origen se encuentra en Dios. Es Él quien concede el amor con el que le amamos, derramando el don del Espíritu Santo (cfr. Rm 5, 5). Desde esta perspectiva, que ese amor sea teologal significa, por un lado, que consiste en un amor filial, porque si vivi-

mos en Cristo (cfr. Ga 2, 20), el amor a Dios estriba en amar al Padre en el Hijo, gracias a la acción del Espíritu que nos incorpora a Cristo y nos lleva a clamar ¡Abbá, Padre! (cfr. Ga 4, 4-7). Y, por otro lado, que, así como el Hijo se encarna para cumplir la voluntad del Padre (cfr. Jn 6, 38; Lc 22, 42; y Hb 10, 5-7), el amor a Dios del cristiano debe llevarse a cabo cumpliendo su voluntad. La inmensidad del amor de Dios que se vuelca sobre el hombre –“¡No hay más amor que el Amor!” (C, 417)– conduce a orientar toda la vida hacia su amor, con una entrega que es respuesta a su llamada: “¡Qué poco es una vida para ofrecerla a Dios!...” (C, 420). En síntesis, la espiritualidad de san Josemaría se precisa como una espiritualidad filial, en la que el amor a Dios consiste en el amor de un hijo de Dios, gracias a la acción divina y a la correspondencia del hombre que busca en su existencia dar gloria a Dios, cumpliendo su voluntad en su existencia concreta (cfr. C, 754-778).

Entre las diferentes conclusiones que se desprenden de lo dicho en referencia a san Josemaría cabe destacar dos. Por una parte, la plegaria confiada ante la constatación de las propias flaquezas: “Dile –yo se lo digo– que Él es toda la Grandeza, toda la Bondad, toda la Misericordia. Y añade: por eso quiero enamorarme de Ti, a pesar de la tosquedad de mis maneras, de estas pobres manos mías, ajadas y maltratadas por el polvo de los vericuetos de la tierra” (AD, 246). Por otra, el recurso ineludible al Espíritu Santo, tal y como se pone de manifiesto en un punto de *Forja*, de claro sabor autobiográfico: “No te limites a hablar al Paráclito, ¡óyele! (...) –Rézale: Divino Huésped, Maestro, Luz, Guía, Amor: que sepa agasajarte, y escuchar tus lecciones, y encenderme, y seguirte y amarte” (F, 430).

2. Concreciones vitales del amor a Dios

El amor a Dios en la espiritualidad de san Josemaría no se recluye en la esfera emotiva, ni se encuentra a merced de los

vaivenes de sentimientos o estados de ánimo. Aunque se manifieste afectivamente (de no ser así, no sería humano y, por esa razón, tampoco sobrenatural), el amor consiste en el acto más radical de la libertad, que se ejerce en lo íntimo de la persona y la implica en todas sus dimensiones: en la inteligencia y en la voluntad, en sus afectos y actitudes, en su interioridad y en sus relaciones con los demás. Nuestro autor acude a la expresión *querer querer* para indicar lo dicho, refiriéndolo tanto al amor a Dios como a la caridad con respecto al prójimo, sobre la que habrá que volver. “¿De qué amor se trata? La Sagrada Escritura habla de *dilectio*, para que se entienda bien que no se refiere sólo al afecto sensible. Expresa más bien una determinación firme de la voluntad. *Dilectio* deriva de *electio*, de elegir. Yo añadiría que amar en cristiano significa *querer querer*” (AD, 231). Ahí radica el fin de la persona, que se vive plenamente en lo escatológico, pero que empieza a ser ya una realidad en nuestra vida cotidiana. Por lo demás, la expresión “querer querer” aleja de una concepción voluntarista del amor a Dios –es decir, de un “querer” resultado de una presunta voluntad autosuficiente, de tenor pelagiano–, para subrayar la necesidad de la gracia en el ejercicio de la libertad.

El amor a Dios se configura precisamente como amor filial que se expresa en todas las esferas de la persona y en cada uno de los ámbitos de su existencia, generando un modo de vivir nuevo; una vida interior que conlleva una serie de concreciones en la existencia cristiana. Detengámonos en tres de ellas.

En primer lugar, el amor a Dios conduce a percatarse de la necesidad de la lucha espiritual –purificación y crecimiento en las virtudes– ante la evidencia de los propios pecados y de la distancia que media entre el amor de Dios y nuestro amor a Dios. “Advertir en el cuerpo y en el alma el aguijón de la soberbia, de la sensualidad, de la envidia, de la pereza, del deseo de sojuz-

gar a los demás, no debería significar un descubrimiento” (ECP, 75), observaba san Josemaría. Por eso anotó sintéticamente al concluir el año 1971, cuatro años antes de su muerte: “Éste es nuestro destino en la tierra: luchar por amor hasta el último instante. Deo gratias!” (AVP, III, p. 639). El realismo que san Josemaría recalca se refuerza con la consideración del contraste entre un Dios que es amor y llega hasta el extremo de la *kénosis*, y un ser humano que experimenta la tendencia al egocentrismo. “Bastan unos rasgos del Amor de Dios que se encarna, y su generosidad nos toca el alma, nos enciende, nos empuja con suavidad a un dolor conrito por nuestro comportamiento, mezquino y egoísta en tantas ocasiones. (...) Al considerar la entrega de Dios y su anonadamiento –hablo para que lo meditemos, pensando cada uno en sí mismo–, la vanagloria, la presunción del soberbio se revela como un pecado horrendo, precisamente porque coloca a la persona en el extremo opuesto al modelo que Jesucristo nos ha señalado con su conducta. Pensadlo despacio: Él se humilló, siendo Dios. El hombre, engreído por su propio yo, pretende enaltecerse a toda costa, sin reconocer que está hecho de mal barro de botijo” (AD, 112). De ahí que una de las primeras concreciones existenciales del amor a Dios consista en una lucha interior encaminada, con la gracia, a despojarse del *hombre viejo* para revestirse del *nuevo* en Cristo.

En segundo lugar, el amor a Dios implica el trato con Dios. El amor a Dios no consiste en un ensimismamiento auto-referencial, pero tampoco en la disolución de la propia persona en el seno de una instancia amorfa. El amor es de carácter unitivo y dialógico o relacional, por eso –encarece san Josemaría– el cristiano necesita concretar un plan de vida, es decir, un conjunto de prácticas de piedad en las que, a lo largo del día, buscar a Dios, tratarle y ser introducidos en él. La constancia en dicho trato constituye una demanda del amor; de ahí la exigencia de un empeño cotidiano:

“Eso de sujetarse a un plan de vida, a un horario –me dijiste–, ¡es tan monótono! Y te contesté: hay monotonía porque falta Amor” (C, 77). Es por tanto comprensible la insistencia con la que san Josemaría predicaba que, en la vida ordinaria del cristiano, de lo que se trata es de convertir el trabajo en oración (cfr. ECP, 48), al tiempo que insistía: lo primero son las normas, es decir, las prácticas de piedad cotidianas. “¿No es verdad que tú has visto la necesidad de ser alma de oración, con un trato con Dios que te lleva a *endiosarte*?” (ECP, 8), un endiosamiento que abarca todo lo humano y, con la virtud de la gracia, lo transforma en un acto de amor a Dios.

En tercer lugar, puesto que la espiritualidad de san Josemaría es eminentemente secular y por lo tanto se vive en lo ordinario, el amor a Dios se concreta en un conjunto de actitudes que permiten hacer de la prosa diaria, endecasílabos de amor a Dios (cfr. CONV, 116). “El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor” (ECP, 48). Para eso es menester la rectitud de intención, es decir, buscar sólo la gloria de Dios (F, 921); pero además, vivir las virtudes humanas, el afán de servicio a los demás, el cuidado de las cosas pequeñas, llevar a cabo bien las tareas de cada jornada, etc.

3. Amor a Dios y amor al prójimo

San Josemaría se detiene en varias ocasiones para poner de manifiesto el auténtico sentido antropológico del amor, indicando que no faltan hermenéuticas desenfocadas. “Algunas veces –me lo has oído comentar con frecuencia– se habla del amor como si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar de modo egoísta la propia personalidad. –Y siempre te he dicho que no es así: el amor verdadero exige salir de sí mismo, entregarse” (F, 28). Dicho sentido alcanza su plenitud a la luz de la enseñanza evangélica de que no cabe separar el

amor a Dios del amor al prójimo (cfr. Mt 22, 34-40; 1 Jn 4, 7-21).

El amor al prójimo no se puede limitar a fomentar buenos sentimientos. San Josemaría lo expuso de un modo incisivo en una ocasión: “Hoy, después de dar la sagrada Comunión a las monjas, antes de la santa Misa, le dije a Jesús lo que tantas y tantas veces le digo de día y de noche: (...) «te amo más que éstas». Inmediatamente, entendí sin palabras: «obras son amores y no buenas razones»” (*Apuntes íntimos*, n. 606: AVP, I, p. 417). El requerimiento oído aquel día no lo abandonó nunca: “Dios mío –exclamaba don Josemaría ante el recuerdo–: ¡cuánto me duele aquel *obras son amores y no buenas razones!*” (*ibidem*, n. 912: p. 485).

El amor al prójimo como expresión intrínseca del amor a Dios remite al carácter teologal de éste, de ahí que san Josemaría invite a “no amar con un amor egoísta ni tampoco con un amor a corto alcance: debemos amar con el Amor de Dios” (ECP, 97). Un amor en el que lo humano abre el espacio donde se muestra lo divino. “El cristiano, al hacer presente a Cristo entre los hombres, siendo él mismo *ipse Christus*, no trata sólo de vivir una actitud de amor, sino de dar a conocer el Amor de Dios, a través de ése su amor humano” (ECP, 115). Dicho amor llama a no desentenderse de los demás, tanto de su situación espiritual como de su estado material, a no conformarse con no causar daño. La pasividad no es cristiana: *obras son amores y no buenas razones*. Por eso san Josemaría impulsa una y otra vez al apostolado personal y a comprometerse por el desarrollo integral de los seres humanos en nuestra vida cotidiana (en el seno de la familia, con el trabajo, con la acción en la sociedad, etc.).

El entrelazamiento de lo humano y lo divino, del amor a Dios que se lleva a cabo en el amor a los demás porque se vive la vida de Cristo, es central en la espiritualidad de san Josemaría. Veámoslo en un úl-

timo texto sintético, entre los muchos que podrían traerse a colación. “La caridad no la construimos nosotros; nos invade con la gracia de Dios: *porque Él nos amó primero*. Conviene que nos empapemos bien de esta verdad hermosísima: *si podemos amar a Dios, es porque hemos sido amados por Dios*. Tú y yo estamos en condiciones de derrochar cariño con los que nos rodean, porque hemos nacido a la fe, por el amor del Padre. Pedid con osadía al Señor este tesoro, esta virtud sobrenatural de la caridad, para ejercitarla hasta en el último detalle. Con frecuencia, los cristianos no hemos sabido corresponder a ese don; a veces lo hemos rebajado, como si se limitase a una limosna, sin alma, fría; o lo hemos reducido a una conducta de beneficencia más o menos formularia. (...) Para que se os metiera bien en la cabeza esta verdad, de una forma gráfica, he predicado en millares de ocasiones que nosotros no poseemos un corazón para amar a Dios, y otro para querer a las criaturas” (AD, 229). El amor teologal lleva a poner el corazón en el trato con Dios y con los demás, de una manera que sea operativa humana y sobrenaturalmente.

4. María: modelo de amor a Dios

La existencia del cristiano corriente se entreteje en medio de los afanes cotidianos. En ella, el amor a Dios constituye el acicate de la fidelidad al amor de Dios que nos llama a sí. Por eso san Josemaría concluye su célebre obra *Camino* con un punto significativo: “¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El Amor. –Enamórate, y no «le» dejarás” (C, 999).

La descripción de las enseñanzas de san Josemaría acerca del amor a Dios quedaría incompleta si no se recordase su dimensión mariana. Ésta proviene de un doble motivo: de una parte, por el evidente papel que juega María en la existencia cristiana en su caminar hacia Cristo. Y de otra, porque en ella san Josemaría vio un modelo de amor a Dios en lo ordinario. “No

olvidemos que la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios! Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido” (ECP, 148).

Voces relacionadas: Caridad; Dios Padre; Espíritu Santo; Jesucristo.

Bibliografía: CECH, pp. 583-604; Ernst BURKHART - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría. Estudio de teología espiritual*, I-III, Madrid, Rialp, 2010-2013; Johannes B. TORELLÓ, “Aus Liebe verrückt”, en César ORTIZ (Hrsg.), *Josemaría Escrivá. Profile einer Gründergestalt*, Köln, Adamas Verlag, 2002, pp. 39-55; José María YAGUAS, “«Amare con tutto il cuore» (Dt 6, 5). Considerazioni sull’amore del cristiano negli insegnamenti del Beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 26 (1998), pp. 144-157.

Luis ROMERA

AMOR MISERICORDIOSO, OBRA DEL

La Obra del Amor Misericordioso (OAM) fue un movimiento devocional muy difundido en España durante los años veinte y treinta del siglo XX. Sus orígenes se sitúan en los escritos y representaciones pictóricas de la religiosa francesa María Teresa Desandais (1876-1943), del monasterio de la Visitación de Dreux. La visitandina francesa –que se consideraba continuadora de la misión de Margarita María de Alacoque y de Teresa de Lisieux– fue autora de una imagen de Cristo, Amor Misericordioso, y de numerosos escritos portadores de un vigoroso mensaje de renovación espiritual. Tanto la imagen como los escritos se editaron por cientos de miles, en España, bajo el seudónimo de “Sulamitis”.

El papa Pío XI (1922-1939) tuvo ocasión de conocer y bendecir la OAM en tres ocasiones. De otra parte, durante los años veinte y treinta, numerosos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos sintonizaron con su doctrina. Algunos de ellos ya están en los altares o tienen iniciados sus procesos de canonización: san José María Rubio, el beato Manuel González, el mártir Buenaventura García de Paredes, el dominico Juan González Arintero o la madre Esperanza de Jesús. San Josemaría forma parte de ese grupo de protagonistas de la historia espiritual del momento que supieron valorar la riqueza escondida en los sencillos y profundos escritos de la religiosa visitandina.

San Josemaría entró en relación con la OAM a su llegada a Madrid, en 1927. Por aquellas fechas, la OAM estaba presente en muchos de los lugares que el fundador del Opus Dei frecuentaba en la capital: el Patronato de Enfermos, el Real Patronato de Santa Isabel, la Basílica de Nuestra Señora de Atocha, la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón en la calle Martínez Campos, el primer monasterio de la Visitación, el convento de las Reparadoras de

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.